

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 26 de Marzo de 1926

Fabricación de moneda

Las monedas que sirven para solucionar tantas cosas, constituyen la riqueza de una nación, ya que todo lo que en ella existe puede valuarse y convertirse en esos discos que no son tirados en ningún concurso.

En los primeros tiempos de la historia, en las épocas en que no se habían establecido los bancos ni en los paseos públicos, la moneda no existía y se hacían las ventas cambiando cosas por cosas. Pero hubo un tiempo en que el hombre necesitó hacer cambios de cosas más importantes y vio que le era necesario algo que le sirviese de intermediario.

Porque, en efecto, cambiar una cabra por otra, una herramienta por otra, no era cosa difícil, pero vender una casa y encontrar la exacta equivalencia en otra era más difícil. Y he aquí que un buen día apareció el dinero, que desde su aparición tantos trastornos ocasionó a la humanidad.

En su principio cualquier materia era buena para servir de moneda. Ella tenía una equivalencia determinada y por ella se regían los mercados. Posteriormente se buscó una substancia que reuniese condiciones de firmeza, que tuviese un valor por sí y que no fuese fácilmente consumida.

De aquí que se usasen metales determinados, como el oro y la plata, que reúnen esas condiciones, y para las pequeñas ventas el cobre. Las monedas hechas con estos metales llevan marcado su valor y se sujetan en su fabricación a leyes que regulan su composición tamaño y peso.

Toda la moneda lleva en su deseado círculo grabado el busto del jefe del Estado o símbolos determinados, inscripciones, etcétera, del país; el escudo del país que las pone en circulación, su valor y el año en que salieron por esos mundos a hacerse desear de las gentes.

La fabricación de moneda es un monopolio que el Estado tiene; él pone en circulación la moneda y persigue tenazmente a cuantos la fabrican clandestinamente, castigándoles con penas que, como todas las de un código, están en relación directa de la cuantía del delito ejecutado.

La dirección de los trabajos de una casa de moneda está hecha por personal técnico, y en todos los trabajos hay una vigilancia eficaz que pone al Estado a cubierto de cualquier intento que en ella quisiera realizarse. Generalmente las casas de moneda pueden acuñar más cantidad de moneda que la que exigen las necesidades de circulación.

Las grandes láminas de metal se encuentran dispuestas en los almacenes, y la primer labor que con ellas se verifica es la de pesarlas antes de empezar su marcha.

El bronce se funde en un horno que le quita toda su impureza, y fundido y bien colado se deja enfriar. Cuando esto se ha verificado, se reduce a tiras largas y estrechas, que aún se reducen

más por medio de fuertes cilindros que le dan un espesor exactamente igual al que debe tener la moneda.

De aquí pasan a la máquina cortadora, la cual los corta en pequeños discos que tienen la medida precisa. Estas máquinas pueden cortar cerca de 500 monedas por minuto. Los recortes caen en una especie de canal que la máquina tiene debajo y se llevan al horno para fundirlos de nuevo, pues no hay que perder nada del metal.

El borde de las monedas, que vemos tienen ciertos trabajos en él, lo hace otra máquina maravillosa que, al hacer su trabajo, protege los bordes de la moneda e impide que demasiado pronto se desgaste.

Como la moneda está hasta ahora lisa y sin adornos de ninguna clase, tiene que ir al fuego, en el cual está durante un tiempo determinado. De aquí pasan a otra máquina, la cual muestra un tubo en cuyo fondo hay dos dados de acero que llevan grabada la figura y las inscripciones. Estos dados se fijan en la moneda y mediante una presión graban en ella las figuras, letras y restantes adornos.

Las monedas ya terminadas pasan a un departamento donde unos operarios prácticos las examinan detenidamente y las dan patente de validez. Después, como cada moneda tiene un peso determinado, se pesan en sacos de contenido conocido y a circular por todas partes. En las casas de moneda hay una máquina que realiza esta operación del peso con una exactitud admirable.

Por ser la moneda de cobre la que más abunda, le hemos dedicado hoy las líneas que dedicaremos otro día a las restantes monedas, que tienen su nacimiento casi igual, pero que, después, siguen rumbos opuestos y son manejadas por otras manos.

La moneda es elemento indispensable, en cualquiera de sus formas, para la vida comercial de un país; y si se careciese de ella estaríamos expuestos a multitud de inconvenientes y de trastornos que su uso borra.

BACHILLER.

Nos ponemos nerviosos

Muchas veces en la vida ocurre que nosotros queremos estar más serenos que ciertos funcionarios municipales que sólo prestan servicio cuando la noche se cubre con su enlutado manto, y, sin embargo, no podemos; parece que ciertos duendecillos se han metido dentro de nosotros para no dejarnos sosegar.

Esos duendecillos son los nervios que forman dentro del sistema nervioso, cuyo sistema está encargado de transmitir, mucho antes que un marcónigrama, las sensaciones sensitivas, motoras y tróficas,

Los nervios, que son muy inquietos y a veces le hacen competencia a la electricidad, constan de fibras nerviosas, mientras que los centros, que son como estaciones telegráficas donde to-

do se recibe, constan de células nerviosas.

Las fibras nerviosas se apodan sensitivas si acompañan a las excitaciones externas, cuando éstas quieren visitar los locales de los centros, y motoras si llevan en volandas el impulso central a los órganos que se han de poner en movimiento cuando este señor llegue a ellos.

Con el cerebro, que es importantísimo tener en cuenta si de estas cosas se trata, se relacionan directamente, desde el momento en que hicieron conocimiento, los nervios sensitivos, que proceden de los órganos de los sentidos.

Las fibras nerviosas se asustan de ir solas a través del organismo y unos con los otros se agrupan paralelamente y se unen entre sí por tejidos conjuntivos. En manojos que no quieren nada los unos con los otros, se agrupan las fibras cuando van de marcha.

La excitabilidad o cualidad de dar que hacer que tienen los nervios, responde a la influencia que sobre ellos ejercen ciertas condiciones físicas, químicas y mecánicas.

Las primeras obran cuando pueden hacerlo rápidamente y su fin es alterar el equilibrio de las moléculas nerviosas, ya por choque, presión o picadura. Las mecánicas, cuando actúan sobre un nervio sensible, producen dolor.

Las excitaciones, si se empeñan en no dejar los nervios durante algún tiempo en reposo, producen la fatiga; lo mismo ocurre cuando queremos tomar ciertos excitantes que ni de nombre debiéramos conocer.

Los nervios, algo gastados en este constante ir y venir que constituye la vida moderna, son algo exigentes y precisan para su buen funcionamiento y duración multitud de cuidados que no siempre se logran conseguir.

El clima, la alimentación, la afición que a salir de casa se tenga, todo influye en ellos, pues son tan sentidos que de todo se resienten. Por eso en el cuadro de enfermedades encontramos tantas que afectan al sistema nervioso.

Pero con una vida tranquila y amiga del reposo y tener cuidado de que los vicios nos desconozcan, llevamos mucho adelantado para que los nervios se conserven en buen uso.

PARDILLO

Los obeliscos antiguos

En los tiempos actuales Roma es quizá la ciudad que presenta al visitante mayor número de obeliscos. ¿De dónde proceden esas agujas de piedra que aparecen revestidas de jeroglíficos extraños?

Del antiguo Egipto, patria de esos gigantescos monolitos (de «monos» uno, y «litos» piedra, palabras griegas que indican se trata de monumentos de una sola pieza).

Los egipcios les llamaban rayos, porque tal era la idea que presidía a la construcción de los obeliscos (esta palabra, también procede del griego, y significa

«aguja»). Eran, por lo tanto, los obeliscos una estilización del rayo hecha en piedra; estaban dedicados precisamente al sol.

Muchos obeliscos pequeños había por doquier, con dedicatorias grabadas en sus caras. Los Reyes los hicieron construir gigantescos, para mostrar su poder, y además de la dedicatoria religiosa, se inscribían en estos monolitos los hechos salientes de la fecha del Monarca. Así se ha podido reconstituir mucha parte de la historia antigua de Egipto.

Cuando los romanos se apoderaron de aquel país, trasladaron a Roma los objetos de arte, y como alarde, llevaron muchos de los mayores obeliscos, naturalmente, enteros.

Esta es la explicación de por qué se conservan tantos en la gran ciudad. El Emperador Augusto fué el primero que hizo traer una de aquellas moles. Asombra ver la cantidad de ingenio, de andamiajes y de hombres que se necesitarían para derribar los obeliscos, embarcarlos, llevarlos a Roma y erigirlos de nuevo.

Plinio cuenta que para el transporte se construyeron embarcaciones a propósito; la primera que hizo ese transporte a Roma (la del citado obelisco de Augusto), construida en el arsenal de Pozzoli, fué dedicada al Emperador; la segunda nave sirvió luego de base al faro que el propio Emperador instaló en la orilla derecha del Tiber.

Para el traslado levantábase verdaderas jaulas de madera y cuerdas alrededor del monolito, y se iba inclinando paulatinamente, al grito acompasado del jefe de obras: miles de obreros tenían las innumerables cuerdas.

Es bien famoso el que hay en el centro de la plaza de San Pedro. Lo hizo llevar a Roma el Emperador Calígula. Luego de la invasión de los bárbaros cayó y permanecía medio enterrado cerca de donde está. El Papa Sixto V, que tanto se interesó por la reconstrucción de antiguos monumentos, estudió la manera de colocarlo donde está. Es acaso el único que permanece entero; su altura es de 23 metros 13 centímetros. El remate, naturalmente, no es egipcio.

El obelisco que describimos se halla en Roma en la plaza del Montecitorio. Precede de Heliópolis («Ciudad del sol»), erigido en tiempos del Rey Psammetich I (año 654 antes de J. C.), y es el segundo de los dos que se transportaron en tiempo de Augusto. Al ser derribado en la época bárbara, se rompió en varios trozos, pero no faltó ninguno al reconstruirlo. Su altura es de 21 metros 80 centímetros.

LA VIDA DE LOS GRANDES HOMBRES

FRANZ SCHUBERT

(1797 - 1828)

Franz Schubert, hijo de un humilde maestro de escuela de los arrabales de Viena, aprendió la música mientras auxiliaba a su padre. Su facilidad de invención le hacía que no tuviese pacien-

cia para aprender (o no la necesitase) la técnica; estudió con Salieri; luego regentó (1813-1816) la escuela con su padre, y, a la vez, escribía sus más hermosos «lieder». Su vida, más que modesta, recibiendo auxilios de amigos o sufriendo privaciones, fué humilde siempre: vivió hasta el fin de sus días pobre y preocupado por la lucha por la vida, como Mozart.

Schubert era un lírico por temperamento: más que grandes formas de arquitectura musical, producía, naturalmente, los pequeños e intensos poemas, las canciones, los «lieder», en una palabra, dándoles una intensidad de emoción desconocida hasta entonces.

La variedad de su inspiración es inagotable, y a ello contribuye el prodigioso don creador, la facilidad improvisadora que tenía Schubert, en este sentido, puede decirse que su labor es inversa a la de Beethoven, cuyos cuadernos de apuntes hacen ver cómo trabajaba las ideas antes de darles forma definitiva: Schubert, por el contrario, presenta ya sus obras de un solo impulso... aun que sea más incorrecto, especialmente en las que necesitan más estudio, como las sonatas, cuartetos y sinfonías. Sus «lieder» se inspiraban en las poesías románticas de Goethe, Heine, Schiller, Uhland, contemporáneos suyos, impregnadas de profundo sentimiento alemán, tales *El rey de los Alisos*, *Margarita en la rueca*, *El rey de Thule*, *Mignon...*, y tantas otras que quedan viviendo en todo corazón germánico.

En la música «di camera» (especialmente en los tríos y cuartetos), en sus sinfonías y en algunas misas y óperas de poco valor, aparecen los mismos caracteres indicados; la idea es felicísima casi siempre, espontánea, improvisada; la forma es menos estable, como de quien no la domina de continuo. De todos modos, la sinfonía en «do» mayor *Inacabada*: los cuartetos en «re» menor y en «la» menor, y el quinteto *De la trucha*, son obras imperecederas.

También es propia de Schubert la forma de los *Improptus*, y la tan característica de los *Momentos musicales*, piezas líricas para piano, precursoras de las *Romanzas sin palabras*, de Mendelssohn.

CURIOSIDADES

Maravillas del reloj.

La maquinaria del reloj puede considerarse como una de las más maravillosas.

En su construcción entran 175 piezas diferentes, y su fabricación comprende más de 2.400 operaciones separadas.

Un herrero descarga diariamente varios centenares de golpes en su yunque, y descansa el domingo; pero el cilindro del reloj da todos los días 532.000 golpes contra la horquilla, o sean 157 millones 680 mil golpes en el año, sin detenerse un momento.

Calculase que la fuerza que mueve el reloj es equivalente a cuatro veces la fuerza que emplea una pulga para dar un salto, por cuya razón, así como se dice que la fuerza de una máquina es, por ejemplo, de cuatro caballos, del reloj podemos decir muy bien que tiene cuatro pulgas de fuerza. Con sólo un caballo de vapor se podrían mover 270 millones de relojes de bolsillo.

La piedra burlona.

En Georgia (Estados Unidos) hay una aldea cuyo nombre puede traducir-

se por «Roca burlona». Según la leyenda, lo debe a lo siguiente:

Un viajero vió cierto día en los alrededores de la aldea una piedra enorme, sobre la que aparecían grabadas estas palabras: «Tenga la bondad de darme vuelta.»

Muy intrigado, y creyendo que aquello ocultaría un tesoro, tras no pocos esfuerzos, dió el viajero vuelta a la piedra.

No fué pequeña su decepción cuando leyó en el lado opuesto al de la inscripción primera: «Ahora colocadme como estaba, a fin de que pueda burlarme de otro.»

Huelga decir que el viajero se apresuró a dejar la piedra en su posición primitiva, a fin de no ser él el único embromado.

Y de aquí el nombre con que se designó en lo sucesivo la aldea que nos ocupa.

Para producir 20 toneladas de azúcar se necesitan 400 de remolacha.

En un buen piano, debe haber un millar de cuerdas de acero.

Dinamarca es el único país del mundo en que no hay analfabetos, pues las leyes de instrucción obligatoria se cumplen con toda severidad.

Es probable que el Nilo sea el río que posee mayor variedad de peces que otro alguno en el mundo.

Una expedición, enviada por el Museo británico, ha vuelto con 9.000 especies distintas.

En proporción a su peso, las alas de un pájaro son veinte veces más pesadas que el brazo del hombre.

Los monumentos más altos.

La Giralda de Sevilla, tiene una altura de 106 metros; las pirámides de Egipto, 148; la catedral de Colonia, 157; el Ayuntamiento de Filadelfia 163; el «Woolworth Building», que es el rascacielos más alto de Nueva York, 270, y la torre Eiffel bate el record de altura con sus 300 metros.

Un sótano de Madrid está a mayor altura sobre el nivel del mar que el último piso de la casa más alta de Inglaterra.

PENSAMIENTOS

¿No comprendes o al menos, no pudiéndolo comprender, no admiras el candor que eligió por mansión a los niños? Pues eres un alma vil y apocada.

La niñez es la principal cuerda del arpa del candor, arpa que pulsa el ángel de la ternura.

¿Cuántas veces contemplando a un niño, al pensar que yo también lo he sido y que ¡ay! ya no lo volveré a ser, las lágrimas auden a mis ojos.

¿Miras a un niño y no te sientes conmovido?; no eres poeta. ¿Lo miras y sientes indiferencia?; no tienes sentimientos. ¿Lo miras y desprecias su candor, burlándote de su impotencia?; ¡eres un monstruo!

Son los niños a la tierra lo que los ángeles al cielo y las estrellas al firmamento.

El Automóvil y el Burro

Por la carretera de no sé qué pueblo, corre el automóvil veloz como el viento.

Una bronca bocina suena con estruendo, para que se quiten estorbos de enmedio.

Así lo hace el pobre burro de un yesero, escaso de carnes y débil de remos que todo asustado del carro moderno, levanta el hocico mirando a su dueño, que va a pie a su lado por ahorrarle peso.

—¿Adónde va el burro? dijo, sonriendo, el chauffer altivo así, con desprecio.

—A buscar la cuadra, contesta el sujeto que a pie, junto al burro, subía el repecho.

—¿Falta mucho? —¡Digo!

Faltan por lo menos tres leguas y media.

—Pues, por lo que veo, y según el paso que lleva el jumento, será tardesito cuando llegue al pueblo

—¡Arre, burro! ¡Arre! replicó el yesero.

Soltó al automóvil el chauffer el freno, y sin despedirse escapó ligero.

A la media hora, poco más o menos, al ganar el burro el alto de un cerro, miró con espanto un cuadro siniestro.

Sobre la cuneta, contra un tronco viejo, se había estrellado el carro moderno.

Rota la cabeza, el chauffer soberbio, miró con envidia al pobre jumento, y entonces, con sorna, le dijo el yesero:

—¡Feliz viaje, amigo! Y, por lo que veo, será tardesito cuando llegue al pueblo.

No sirve en el mundo el correr sin freno, ni el grande se ría jamás del pequeño, porque, caminando con el mismo objeto, un sabio imprudente se salta los sesos y hay muchos borricos que llegan primero.

CUENTO

El violín mágico

Un rico judío tenía un criado muy fiel; pero al terminar el plazo del ajuste no le pagó su amo.

—Con esta conducta—pensaba el avaro—ahorro mi dinero, y no pudiendo marcharse el criado, quedará a mi servicio.

El sirviente no reclamó su salario el

primero ni el segundo año. Al concluir el tercero le dijo:

—Señor, le he servido fielmente durante tres años; déme lo que en justicia me pertenece; quiero marcharme a correr mundo.

—Toma. Te doy una peseta por año. Esto hace una fuerte suma: en ninguna parte te hubieran dado un salario tan grande.

El pobre muchacho que no entendía de monedas, tomó su capital, y se puso en camino por valles y montes cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de un chaparro encontró un viejecito, que le dijo:

—Muchacho, ¡qué alegre vas!

—Sí; soy joven, estoy bueno, y llevo en el bolsillo mi salario de tres años.

—¿A cuánto sube tu capital?

—A tres pesetas.

—Oye—le dijo el viejo:—yo soy un pobre que está en la miseria; dame tus tres pesetas y tú, que eres joven, podrás ganarlas bien.

El joven le dió su dinero, diciendo: —Tómalas, por el amor de Dios; yo puedo pasarme sin ellas.

—Tienes buen corazón, y quiero concederte una cosa.

—¡Hola!—exclamó el joven.—¿Eres acaso encantador? Si así es, quiero que me regales un violín que haga bailar a todos los que le oigan tocar.

—Concedido—dijo el viejo, y le entregó el violín.

Después que hubo recorrido muchos países y cuando regresaba a su tierra, se encontró en el camino con su amo el judío que estaba en medio de un zarzal y el muchacho, queriendo hacer pagar a su pícaro amo las bribonadas que le había hecho, cogió su violín y se puso a tocar.

En el acto empezó el judío a menear los pies y a saltar. Las espigas despedaban los arrajos de que iba vestido el judío, le arrancaban la barba, y le llenaban el cuerpo de sangre.

—¿Qué música es ésa? ¡Deja de tocar infame chiquillo!

—¡Baila, avaro, y desuéllete; bastante gente has desollado tú!

El judío saltaba, saltaba, y los pedazos de sus vestidos quedaban colgados en el chaparro.

—¡Desgraciado de mí!—exclamaba.— ¡Deja de tocar ese maldito violín, y te daré una bolsa de oro!

—Puesto que sois tan generoso, dejaré de tocar; pero bailarás con gran perfección.

Y el judío le entregó la bolsa de oro, con la cual el muchacho fué feliz.

Saldo de chistes malos

- ¿Cuál es el colmo de un dentista?
- Poner un puente para que pase una locomotora.
- ¿Cuál es el colmo de una arizadora?
- Rizar el cabello a un calvo.
- ¿En qué se parece una manzana a una pera y un tren en marcha?
- En que la manzana no es pera, y el tren en marcha, no es pera.
- ¿El colmo de un jinete?
- Montar en cólera.
- ¿El de un labrador?
- Sembrar el campo de Agramante.
- ¿El de un médico?
- Curar el cáncer de Zodiaco.
- ¿Qué estudias niño?
- Música.
- ¡Tan pequeñito!
- Sí, señora; mi mamá me da a menudo solfa.
- ¿En que se parece una mentira a la hembra del grillo?
- En que es grilla.
- ¿En que se parece un estudiante al día de tu santo?
- En que es tu día.